

Clarificados los datos de hecho sobre la jurisdicción de la Abadesa, pasa san Josemaría a analizar las valoraciones que, a partir de los textos fundamentales del *Corpus juris canonici*, fueron hechas por los decretalistas y otros canonistas anteriores al CIC de 1917 –son en torno a cien los autores de este ámbito cuyas referencias se van integrando en el texto– sobre la jurisdicción espiritual de las mujeres, para concluir esas valoraciones doctrinales demostrando que el título que dio fundamento a la jurisdicción de la Abadesa fue creación de una costumbre *contra legem*, favorecida por las circunstancias históricas concurrentes en la fundación y en la dinámica histórica del

Monasterio que, de buena fe, indujeron al despliegue de las referidas actuaciones jurisdiccionales.

Particular interés tiene la *Introducción general* redactada por las autoras de esta edición crítico-histórica, que informa sobre el origen del libro de san Josemaría, el perfil y cualidades investigadoras de su autor, la historia de la investigación y redacción de la obra –con indicaciones particularmente detalladas y documentadas sobre las consultas en el Archivo de las Huelgas el año 1944–, la publicación del libro y su recepción por el mundo científico.

Eloy TEJERO

---

**François-Michel RIGOT**, *Origine de la tradition mariale: le mystère de la Femme*, Paris-Perpignan: Artège Lethielleux, 2017, 478 pp., 13,5 x 21,5, ISBN 978-2249624377.

El presente estudio se inicia con el propósito de resolver una aparente paradoja. Ésta consiste, según parece opinión común, en que la Tradición cristiana da una gran relevancia a la Virgen María y, en cambio, en el Nuevo Testamento se habla poco de Ella. Para responder a esta cuestión se realiza, ante todo, un extenso análisis y comentario de los pasajes marianos de la Escritura. Por esta razón, el libro se divide en tres grandes partes: la primera está dedicada a los evangelios, la segunda a la Tradición y la tercera a la situación actual, con sus conclusiones sobre el valor de la exégesis liberal y la historicidad de los pasajes marianos de los textos revelados, que es adonde conduce todo lo anterior.

Así pues, se comienza con el trabajo más propiamente exegetico, ya que se centra con detalle en ver la presencia de María en el Nuevo Testamento, con apartados específicos dedicados a los sinópticos, a los

evangelios de la infancia y al evangelio de san Juan. Es la parte más extensa, pues se le dedica más de la mitad del libro. En esta materia, el punto de partida del autor es la confianza en los textos, en su base histórica. Aquí se observa la diferencia que suponen los denominados evangelios de la infancia, de los primeros capítulos de san Mateo y san Lucas, en relación con el resto del Nuevo Testamento, como no pertenecientes a la llamada tradición sinóptica. Este contraste se podría explicar por la distinta documentación con que se trabaja en cada caso, es decir, para los textos de la infancia se partiría del relato de un grupo familiar reducido, mientras que para los sinópticos se contaría con discursos repetidos ante un público amplio.

A continuación, se intenta mostrar cómo se va formando esa Tradición mariana en los primeros siglos. Sobre todo, al plantearse al inicio del segundo siglo decisivas

cuestiones, surgidas del encuentro con los cristianos provenientes del paganismo y no de ambientes judíos; de este modo puede verse cómo se va recorriendo el camino de la Tradición original, que no se pierde con la denominada helenización de la Iglesia.

Al mismo tiempo, se va comentando la cuestión del método y la historicidad de la Escritura. Precisamente en aquellos tiempos, al cristianismo se le oponían las religiones gnósticas y mitológicas, de tipo ahistórico propio de la mentalidad pagana. Esta temática sirve para comprobar que los evangelios de la infancia responden perfectamente a esas cuestiones metodológicas y mantienen su armonía con la Tradición. Es, por tanto, el texto evangélico una fuente fiable, conforme a la datación que puede hacerse de los textos y el conocimiento histórico heredado por esa generación que lo escribió, todavía muy cercana a los hechos originarios. Y, además, se menciona que la Tradición cuando recoge testimonios aporta también un discernimiento de la Iglesia, como un desarrollo de la fe con la asistencia del Espíritu Santo.

Finalmente, se atiende a la situación actual de la cuestión mariana, presentando las posiciones divergentes y ofreciendo una propuesta para un discernimiento cabal. Aquí aparecen las tesis habituales de la exégesis liberal, como la acusación de mario-

latría y la influencia del mito en la formación de la Tradición mariana. Por ello, Rigot se preocupa de desmontar en estos autores la incoherencia que puede advertirse en sus hipótesis anti-marianas. Pues parten de un prejuicio, que lleva a entender todo lo mariano como si fuera una creación tardía de la Iglesia a partir del siglo V, en contra de lo que se muestra que ofrecen los datos originales.

Como conclusión, aunque puede echarse en falta, dada la materia tratada y la misma extensión del libro, una mayor presencia de referencias bibliográficas, sí puede considerarse resuelta la paradoja inicial, que era su principal objetivo. Ya que se ha mostrado que los negadores de la Tradición sobre María, por considerar su poca base en el evangelio, fuerzan las cosas para ajustarlas a sus ideas, generalmente preconcebidas. En cambio, queda patente que esta Tradición sí responde a las exigencias científicas y metodológicas, conforme se ha ido probando en el estudio que, desde el principio, la fe cristiana ha apelado a la historia y se ha mantenido dentro de ella, con lo cual se destaca todavía más la importancia de la Tradición para transmitir la fe, en este caso particular, la fe en la Madre de Dios y su papel en la Iglesia.

Román SOL